



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera
nº 310 (2ª Época). Julio 2018.

“El socialismo, que fue una reacción legítima contra aquella esclavitud liberal, vino a descarriarse, porque dio, primero, en la interpretación materialista de la vida y de la Historia; segundo, en un sentido de represalia; tercero, en una proclamación del dogma de la lucha de clases...”

EN ESTE NÚMERO:

1. La fácil tentación de los paralelismos. *Manuel Parra Celaya*
2. Un gran libro, un gran hombre, una gran mujer. *José Alsina Calves*
3. Carta apostólica sobre la Abadía y santa Cruz del Valle. *Pio XII*
4. Las debilidades de un editor falangista II. *Servando Rocha*
5. Presentación del libro *Entraña y Estilo*. *Francisco Caballero Leonarte*
6. Manuel Sacristán acerca de la Falange. *José Ignacio Moreno Gómez*
7. La vegetación del páramo. *Julián Marías*
8. Conversaciones con Miguel Hernández. *Eduardo López Pascual*
9. Ante la incertidumbre de hoy, José Antonio. *David Guillem-Tatay*

I. De vez en cuando, de entre los mundos variopintos que responden, más o menos, a la definición política de joseantonianos, se alza alguna voz que, tímida o entusiásticamente, se hace eco y altavoz del ascenso en toda Europa de los partidos euroescépticos de la derecha identitaria, según denominación de Ernesto Milá.

Esas voces nos parecen formular una invitación implícita a alinearnos con ellos, en la seguridad de que, de esta forma, el falangismo podría alcanzar un lugar bajo el sol en la lid democrática y dejar de ser un reducto testimonial, al modo de las vestales que mantienen encendido un fuego sagrado.

No seamos excesivamente severos con esas voces. En su fuero interno seguro que palpitan inquietudes similares a las nuestras -ese dolor de España unamuniano y la sensación de impotencia activista como leit motiv- y, no conformándose con el papel que la historia ha asignado a nuestras posiciones, que no es otro que el del arrumbamiento, el silencio y el rol de chivo expiatorio, vislumbran una salida pragmática que esperan exitosa. Para ello, buscan coincidencias del falangismo con esas tendencias en boga en otros países, mediante la selección de textos sueltos -escritos o pronunciados hace más de ochenta años- que justifiquen esa aproximación.

Otra cosa es que ese camino sea el acertado y en mi opinión -solo en mi opinión- implica que se está cayendo en un profundo error; mejor dicho, recayendo, pues este sincero intento es similar al de aquella asimilación del falangismo joseantoniano con la generalidad de las corrientes fascistas de los años 30 o principios de los 40, a pesar del rotundo desmentido del último José Antonio, quien aseveró que el fascismo, al igual que otras ideologías en boga en su momento, era fundamentalmente falso, porque atinaba a barruntar que se trata de un fenómeno religioso el problema profundo del ser humano, pero quiere sustituir la religión por una idolatría (Cuaderno de notas de un estudiante europeo. Obras Completas del centenario. Pág. 1559 y ss.)

Al igual que José Antonio fue más allá de la lógica tentación fascista de su tiempo, marcando diáfananamente el argumento central de la diferencia, creo que nosotros, joseantonianos del siglo XXI, debemos llevar nuestras meditaciones en una idéntica orientación de originalidad y distancia, por mucho que nos desazone el panorama exterior y ese humillante papel al que hemos sido confinados.

II. Establezco la primera diferenciación entre esas tendencias actuales y el pensamiento joseantoniano en la motivación o primer impulso sobre que descansan aquellas. En efecto, esos movimientos euroescépticos e identitarios, tan distintos entre sí, tienen un común

denominador, que es el rechazo desesperado de un panorama al que ha llevado al mundo occidental la estrategia de la Globalización y el predominio del Pensamiento Único, especialmente en lo tocante al problema migratorio.

Una gigantesca inmigración no canalizada sabiamente ha creado enormes bolsas de marginación, pobreza y riesgo social consiguiente; si unimos a este fenómeno el predominio de la economía financiera y especulativa sobre la productiva, el paro y, en el caso de alguno de

estos partidos, la preocupación porque los valores y estructuras tradicionales están siendo reemplazadas por las ideologías en boga (LGTBI y ecologismo radical), que conforman la única corrección política admitida, asumida como dogma por la U.E., tenemos explicada la lógica reacción.



Pero, como decía Jesús Fueyo, no confundas la desesperación con el mensaje. La desesperación conduce al activismo; y tengo para mí que esa angustia o desesperanza de muchos europeos es la que ha empujado sus votos en la urna hacia quienes canalizan el descontento.

Distintas son las motivaciones del pensamiento joseantoniano, en cuya esencia entiendo adivinar como premisa -según explico en mi libro *Entraña y Estilo*- un intento de actualización de las potencialidades contenidas en una interpretación española del hombre y de la historia; no se trata, pues, de una respuesta apresurada a los problemas de la coyuntura concreta de los años 30 del siglo pasado.

La elaboración apresurada (solo dispuso de tres años) de ese pensamiento responde, por una parte, a los tanteos regeneracionistas de la moderna historia española y, por la otra, la propuesta que encierra, lejos

de estar movida por la desesperación, se establece como necesidad revolucionaria, en términos de la época, en competencia con la otra alternativa radical que representaba el comunismo.

Si el fascismo de los años 20 y 30 fue una reacción de las clases medias ante la amenaza de una invasión de los bárbaros, en expresión espengleriana, José Antonio propuso establecer puentes entre los valores positivos que traía aquella invasión y los valores salvables, por permanentes, de la herencia tradicional.

Si unimos estas dos notas predominantes en lo joseantoniano a su fundamentación en la dignidad del hombre, su libertad e integridad, y en la dimensión de lo espiritual y lo religioso, encontraremos la justificación a mi convencimiento de una originalidad frente a las corrientes predominantes en la Europa de su tiempo.

Además, si entendemos esas características como parte esencial de su mensaje -no de lo superficial o de lo contingente, según Miguel Argaya-, comprenderemos mi tesis de que mal pueden avenirse con aquellas actuales corrientes de predominio en Europa.

III. Dejando de lado el calificativo de populismo, que casi representa ya un insulto hoy en día, del mismo modo que lo fue y lo sigue siendo el de fascismo (desde que la Enciclopedia Soviética lo decretó como tal), es evidente que un rasgo definidor real de estos movimientos es el de identitarismo.

¿Y qué es el identitarismo? Nada más y nada menos que velar por la identidad de cada nacionalidad, el conjunto de elementos que puedan definirla como tal y se consideran amenazados, sea por las corrientes migratorias, sea por la Mundialización, sea por la Europa unida. No hace falta mucha imaginación para encontrar su sinónimo en eso que se llama en la España de las Autonomías los hechos diferenciales...

Se me ocurre que no hacía falta la creación de ese neologismo para aclarar la idea: se trata, en términos generales, de un resurgimiento, de naturaleza cíclica, del nacionalismo. Y en este punto es conveniente meterse un poco más a fondo...

Tampoco vamos ahora a entrar en una disquisición filológica y política del concepto de nación -me imagino que conocida por los lectores-, pero, según Gustavo Bueno, es un término genérico funcional, del que el filósofo distingue cuatro significados (ver revista *Altar Mayor*, nº 182, en el artículo de José Alsina: Gustavo Bueno y Cataluña).

También el nacionalismo puede definirse de varias formas; nosotros nos quedaremos aquí con su asimilación a un sentimiento, frecuentemente exasperado, de defensa de lo que se entiende por la propia nación; podríamos añadir a la nota de exasperación la de exclusividad, en tanto que el que se define como nacionalista suele identificar como objetivo primordial a los que considera como enemigos, aunque sean potenciales, de su nación.

La nota de su carácter rigurosamente sentimental o de naturaleza emotiva ya nos basta para establecer una tajante línea de diferenciación de un nacionalismo -de cualquier nacionalismo- con las ideas joseantonianas. En efecto, José Antonio se proclama como constante adversaria del nacionalismo, sea este de alcance regional o español. Basta releerse el antológico artículo *La gaita y la lira* (*Obras Completas del Centenario*, pág. 410 y ss.) para advertir este rechazo fundamentado y expresado aun más crudamente en otros textos.

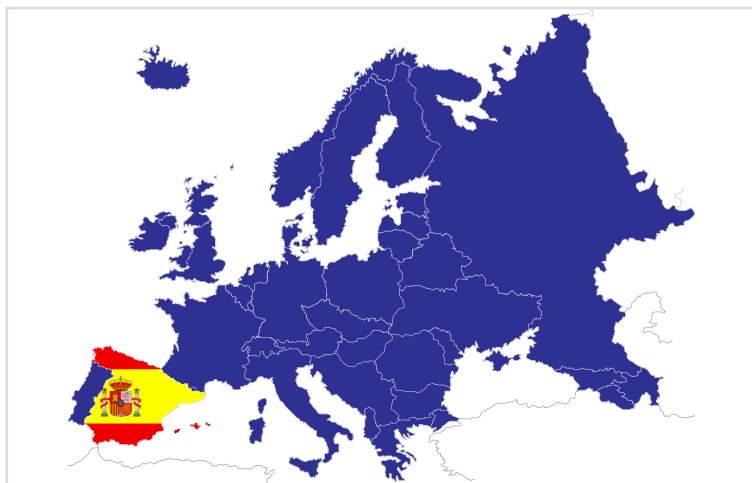
La clave estriba en ese elemento constitutivo de la esencia de España que es su vocación de universalidad; cuando José Antonio alaba el patriotismo inglés por ser clásico y no romántico, nos recuerda que la palabra España siempre tendrá más sentido que la frase nación española; España fue tal España antes de que se considerara nación política (o canónica, en expresión de Gustavo Bueno); un nacionalismo español, en consecuencia, es un verdadero oxímoron.

España no se caracteriza por una identidad, sino por unas constantes que la han venido caracterizando desde sus momentos fundacionales (*Entraña y Estilo*), y una de ellas es, precisamente, su vocación universal, dimanante de sus momentos áureos como cabeza y motor de la Monarquía Católica.

Y todo nacionalismo es, en el fondo, un separatismo. La extensión no importa, decía el Eugenio d'Ors de camisa azul. No casualmente los únicos que apoyaron a Carles Puigdemont en su periplo europeo y en sus tesis separatistas han sido representantes de los partidos identitarios, algunos de los cuales obedecen en sus bautismos políticos a criterios tan secesionistas como los del ex Presidente catalán, como los valones o la Liga Norte italiana.

IV. Otro punto diferenciador entre esos partidos emergentes europeos y lo joseantoniano nos parece importante, y este es el aspecto de la europeidad, frecuentemente rechazado por aquellos -no en balde responden a la denominación de euroescépticos cuando no a la de eurófobos- y que considero próximo por derivación ideológica en el pensamiento esencial de José Antonio Primo de Rivera.

Bien es cierto que, en la Europa de los años 30, en que cada Estado se atrincheraba en sus prerrogativas frente a los demás, como presagio de la terrible 2ª GM, solo el pensamiento y la intención, casi idílica, de Ortega y Ors estaba por esa europeidad; no olvidemos asimismo que ambos fueron los maestros influyentes de José Antonio y su generación. Y decía Ortega en su Meditación de Europa: Europa no es solo ni tanto futuro, como algo que está ahí desde un remoto pasado; más aún, que existe con anterioridad a las naciones hoy tan claramente perfiladas. Lo que sí será preciso es dar a esa realidad tan vetusta una nueva forma.



En este punto, no se trata de lo que dijo José Antonio, sino de lo que se debe deducir de sus ideas esenciales, esas que reputamos como válidas los joseantonianos del siglo XXI. Del mismo modo que, para él, la tradición no es imitación de lo que otros dijeron o hicieron, sino de adivinación de lo que ellos dirían o harían de hallarse en nuestro lugar, no es aventura la deducción razonada a la que me aventuro, sin el menor temor a que me lluevan acusaciones de heterodoxia.

Toda la teoría joseantoniana -y orteguiana- sobre las construcciones históricas, y que se resume en la frase, a veces más entendida, unidad de destino en lo universal, puede reflejarse gráficamente por medio de la figura geométrica de una espiral, siempre abierta por definición.

Cada concreción histórica de integración de los hombres -tribu, clan, pueblo, reino, nación...- es un punto o nódulo de esa espiral, y todas se han caracterizado por abrirse a la siguiente (con los consiguientes retrocesos reaccionarios). Del mismo modo que los reinos medievales españoles se vieron insuficientes y precisaron de su concreción siguiente en la fórmula integradora de los Reyes Católicos, los actuales Estados se ven exigüos ante los

problemas del mundo. La respuesta globalizadora es falsa, porque aspira a hacer tábula rasa de las realidades culturales, humanas y nacionales.

Sin embargo, Europa, la heredera de aquella Cristiandad, sí puede ser la siguiente concreción unitaria de las diversas Naciones-Estado que la forman. Del mismo modo que decimos que España es una unidad de destino en lo universal, otro tanto podemos decir de una Europa unida, ejecutora de una misión entre las otras concreciones supranacionales o imperios existentes hoy. Europa responde, en cuando a tradición, a las mismas constantes que España: Clasicismo, Cristianismo, Germanismo...

En tanto que la ideología predominante de la actual Unión Europea se ha alejado de esa tradición y fundamento axiológico, tampoco sería disparatado sostener que amamos a Europa porque no nos gusta, como versión joseantoniana de este siglo XXI en la línea de aproximación a la unidad del género humano (ver el ya citado texto de Cuaderno de notas de un estudiante europeo).

Como he sostenido en otras ocasiones, los mismos motivos que tenemos para rechazar la línea ideológica de la actual Unión Europea nos impulsarían a rechazar el Estado español actual; pero no se nos ha pasado jamás por la mente su desmontaje o destrucción para garantizar una hipotética vuelta a los principios válidos... Se construye, no sobre ruinas, sino sobre realidades que deben reformarse.

No debe ser, por tanto, un rechazo a la Europa unida del mañana una nota que nos caracterice a los joseantonianos de hoy, sino una constante vocación en pro de esa unidad, porque, como también dijo Ortega, está inscrita en nuestra esencia: España fue europea por voluntad, a diferencia de otros pueblos que lo fueron por naturaleza.

V. Acaso todo lo escrito pueda parecer insuficiente para el debate en el que me he inmiscuido imprudentemente. Claro que no deja de ser una opinión de quien no se considera en absoluto definidor exclusivo del falangismo del siglo XXI.

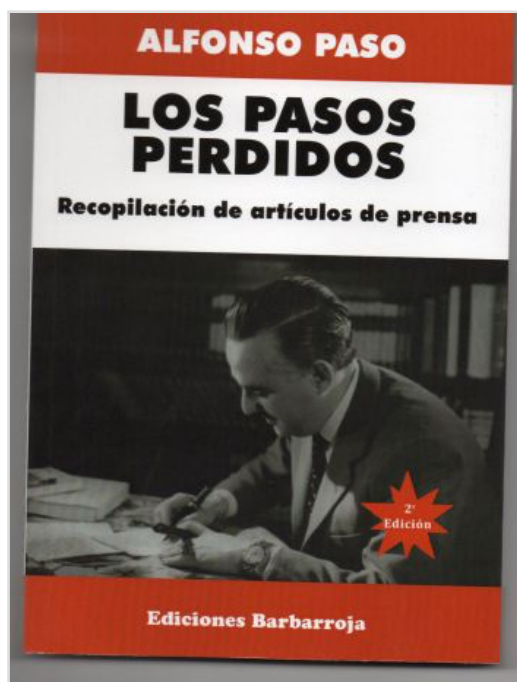
En todo caso, me limito a alertar de un riesgo: el de encarrilar simpatías o proximidades a un fenómeno, todo lo justificado, emergente o triunfador que se quiera, pero que, de lograr éxitos, pudiera significar un retroceso gigantesco en la historia; y, de derivar en fracaso, pudiera encadenarnos a otra decepción, con el añadido de haber vuelto a tergiversar lo esencial de José Antonio.

¿Qué nos cabe, pues? Lo primero, por supuesto, estar abiertos a todas y cada una de las aportaciones de pensamiento que se están dando en el mundo; por supuesto, no hacer coro a las descalificaciones que el Sistema propaga, como despiadados ucases, a quienes lo contradicen. Lo segundo, no dejar de reflexionar, individual y colectivamente, sobre las inmensas posibilidades que se contienen en la ética y la ideología joseantonianas.

Que la figura de José Antonio es actual en España y en muchos lugares de Europa nos lo muestran las constantes publicaciones y estudios que tienen lugar hoy en día. Sigamos en ese esfuerzo. Quizás, en un momento determinado y en cualquier lugar de Europa, mentes expeditas y jóvenes descubran a José Antonio y encuentren en ese descubrimiento las claves para construir un mundo mejor. Abrámosles caminos.

Desconocía la faceta de periodista de Alfonso Paso. Recuerdo muchas de sus obras teatrales en el entrañable Estudio 1 de Televisión Española, cuando solo había una cadena, pero no tragábamos la inmensa cantidad de bazofia (cuando no adoctrinamiento sectario) que nos ofrecen actualmente una gran profusión de cadenas televisivas, públicas y privadas, estatales y autonómicas, empeñadas a convertir al españolito medio en un deficiente mental.

Las obras de Alfonso Paso tenían el discreto encanto de saber combinar lo trágico y lo cómico, el sentido del humor con las fibras más profundas de la sensibilidad. ¿Acaso la vida humana no es eso?



La lectura de este libro me ha abierto las puertas a otra faceta, no menos importante, de Alfonso Paso, la faceta de periodista. Hoy día el periodista no es más que un gacetillero, o un “opinólogo” a sueldo. El periodismo que nos muestra el libro, el que Alfonso Paso cultivó, era otra cosa. Entonces el periodista era una especie de “filósofo cotidiano”, que nos ofrecía una visión de la sociedad y del mundo, interpretada a través de su personalidad, pero sin dogmatismo ni sectarismos. Grandes pensadores españoles (Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu, Eugeni D’Ors) compaginaron su labor intelectual con este tipo de periodismo. El periodismo de Alfonso Paso está a su altura.

Alfonso Paso pertenece a esta generación (la de nuestros padres) que luchó y trabajó por una España más decente. No era una sociedad perfecta (las sociedades perfectas solo existen en la mente de los utópicos y los totalitarios, que suelen coincidir), pero era bastante mejor que la que nos rodea. Fue un gran hombre, injustamente olvidado como tantos otros.

Parte de la grandeza de Alfonso Paso la ha heredado su hija, Almudena, mujer doblemente comprometida, con la militancia patriótica y con la defensa de la memoria de su padre. Luchadora incansable, ha conseguido no solamente levantar la lápida del olvido que amenazaba la memoria de su padre en España, sino también proyectar su imagen en Europa y en el mundo.

Nuestra sociedad se alimenta todavía de la resaca del mayo del 68 (del que ahora hemos celebrado los 50 años), y especialmente de una de sus consignas: ¡MATAR AL

PADRE; “Matar al padre” significa hacer *tabula rasa* del pasado, olvidar los orígenes, la stirpe, las raíces. “Matar al padre” se traduce en esta estúpida actitud de desprecio hacia las generaciones que nos precedieron, en esta bobalicona aceptación de todo lo nuevo, solamente por el hecho de ser nuevo, en la estúpida e injustificada creencia en el “progreso” en sí y para sí.

En las antípodas de “Matar al padre” está el amor filial, el respeto y la gratitud a quien nos dio la vida y nos enseñó a vivir. El “amor al padre” nos liga a una stirpe, a unas raíces, a una tradición y a una cultura. Nos hace depositarios de un legado para aumentarlo a ser posible o, al menos, conservarlo. De todo ello creo que Almudena es un símbolo vivo

3

Carta apostólica sobre la Abadía y Santa Cruz del Valle

Pío XII

Stat Crux

Texto íntegro de la Carta Apostólica, Stat Crux, del Papa Pío XII (27 de mayo de 1958) por la que se otorgan al templo y monasterio de la Santa Cruz del Valle de los Caídos el título y los derechos de Abadía. Dos años más tarde (7 de abril de 1960) el templo fue elevado al honor y dignidad de Basílica por Breve Pontificio de Juan XXIII (44 Documenta), y dos meses más tarde (4 de junio de 1960), en nombre del Pontífice, la Basílica fue consagrada por el cardenal Caetano Cicognani.

UNA gran Cruz, signo de salvación y faro de eterno reposo, yérguese en lo alto de una roca que se eleva entre las cimas del Guadarrama. De tal forma ha sido perforada la granítica mole que la gran cavidad se ha transformado en un templo subterráneo. No lejos se han levantado edificios suficientemente amplios y destinados a ser moradas apropiadas para el servicio del culto, para los huéspedes y para los peregrinos.

El Jefe del Estado Español, Francisco Franco Bahamonde, ha inspirado tan prodigiosas obras a fin de levantar un monumento a la memoria de cuantos, por una causa o por otra, entregaron su vida y sucumbieron en la Guerra Civil y para que, al mismo tiempo, en este nuevo hogar de la religión, Dios fuera convenientemente honrado y se alcanzaran dones celestiales para la Nación española.

La misma Autoridad suprema se ha dirigido a los monjes del insigne monasterio de Silos, perteneciente a la Congregación de Solesmes de la Orden de San Benito, para que observaran en esta montaña, mansión de paz, los estatutos de la vida monástica, atendieran el culto

sagrado, cultivaran los estudios y al pueblo fiel impulsaran, no solo hacia lo espiritual y eterno, sino también hacia la práctica de las virtudes cristianas.



Por ello, para que pudiera decorosamente vivir la familia religiosa que allí habría de congregarse, no sólo se le ha provisto con suficiencia, sino incluso con esplendidez. Finalmente, nos han dirigido Preces para que, según nuestro beneplácito, otorgásemos al nuevo monasterio y a su templo el título y los derechos de Abadía.

Aceptando de buen grado tales súplicas y según nuestro conocido aprecio hacia los discípulos de San Benito, después de haber consultado a los miembros de La Sagrada Congregación de Religiosos, exigimos y constituimos para siempre, con nuestra Autoridad apostólica y en virtud de estas Letras, la nueva Abadía exenta, que ha de ser nombrada con el título de Santa Cruz del Valle de los Caídos, a la cual, como perteneciente a la Congregación de Solesmes de la Orden de San Benito, la

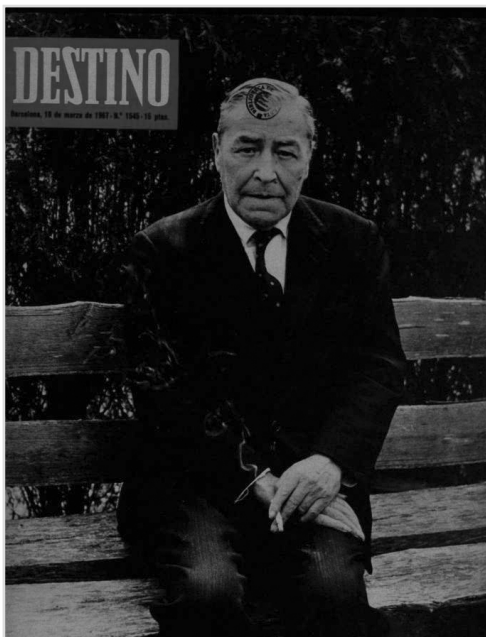
hacemos partícipe de todos los y privilegios concedidos a los Abades tal familia religiosa. Sin que nada lo pueda impedir.

Esto promulgamos, establecemos, decretando que las presentes Letras sean y permanezcan siempre firmes, válidas y eficaces: que produzcan y conserven íntegros sus plenos derechos que favorezcan cumplidamente, ahora y después, a los Prelados y monjes, tanto presentes como futuros, de la mencionada Abadía, que de esta forma establecemos y, conforme a esto, se ha de interpretar y definir.

Desde ahora se ha de tener sin efecto y sin valor cuanto aconteciera ir en contra de ellas, sea a sabiendas o por ignorancia, o por quienquiera o en nombre de cualquier autoridad.

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el 27 de mayo de 1958, vigésimo de nuestro Pontificado.

Cambiaban, aunque tímidamente, los tiempos. La resistencia antifranquista, mientras planeaba mil y un atentados contra el dictador, se desesperaba. Europa había abandonado por completo su boicot a la dictadura. El franquismo, consciente de la necesidad de buscar una apertura económica, intentaba «normalizar» sus relaciones internacionales. España y Estados Unidos, al año siguiente de la visita del escritor, firmaron un acuerdo comercial. Había contrapartidas, deberes mutuos. En 1960, el Servicio de Informaciones de los Estados Unidos, a través de la Embajada de los Estados Unidos de Madrid, editó el librito *Ochos novelistas norteamericanos*. Fue un movimiento hábil destinado a consolidar lo que ya los editores falangistas llevaban haciendo desde hacía más de una década: promocionar la cultura y a los autores estadounidenses que encandilaban al mundo, como John Dos Passos, Ernest Hemingway, William Faulkner, Erskine Cladwell, John Steinbeck, James T. Farrell, Pearl S. Buck o John P. Marquand.



Josep M. Castellet, otro gran personaje de la cultura durante el franquismo, hizo algo parecido. Castellet había trabajado como traductor para Caralt (otros traductores en nómina fueron Costafreda o Pinilla de Las Heras, quienes, en la mayoría de los casos, castellanizaban las ediciones sudamericanas ya existentes, e incluso sus títulos y nombres de los autores, con lo cual el resultado solía ser nefasto e hilarante), y ahora, entre 1954 y 1961, justo tras los acuerdos bilaterales, era director de la sección literaria del Instituto de Estudios Norteamericanos. En el ciclo de cursos «La literatura norteamericana a través de sus textos», entre 1956 y 1957, difundió la obra de autores como Hemingway, Saroyan, Sinclair Lewis y Dos Passos, que ya se podían encontrar en casi todas las librerías del país.

Al nombre de Caralt debe sumarse el de otro gran conocido de las letras hispánicas y su auténtico mentor, Josep Janés i Olivé, quien en plena República y siendo un adolescente ya había dirigido varios diarios hasta fundar la editorial Edicions de la Rosa dels Vents, donde publicó la obra de Jonathan Swift, Joseph Conrad, Oscar Wilde, Virginia Woolf, R. L. Stevenson, Aldous Huxley, Ernest Hemingway, Mark Twain, Edgan Allan Poe o Dante Alighieri, entre muchos otros. Sin embargo, a diferencia de un convencido falangista como Carlat, el caso de Janés fue un tanto distinto. No se adscribió al bando nacional y, con el

levantamiento fascista, se encargaría de editar publicaciones dirigidas al frente de guerra. Aquella situación no duró mucho. Cuando cayó Barcelona, marchó a un exilio que casi no fue tal, regresando a las pocas semanas gracias a la intersección de su viejo amigo Eugeni d'Ors, habitual de las tertulias y ahora entre las filas fascistas. Su situación, tras unos complicados primeros tiempos, no fue del todo fácil. Le pesaba el estigma de republicano, aunque pronto aquel recuerdo fue desapareciendo (Caralt, años más tarde, afirmó que su mentor lo tuvo más fácil al proceder del catalanismo republicano, lo que le abría puertas que, en su opinión, le estuvieron vetadas). Janés fundó una editorial con ayuda del famoso falangista Félix Ros, uno de los fundadores de la revista *Azor* junto a Santa Marina, pero la relación comercial no funcionó y ambos rompieron, tomando rumbos diferentes. Janés, convertido ya en un experto editor, fundó José Janés Editor, un sello llamado a ser uno de los emporios más potentes de España, mientras que Ros fundó la editorial Tartessos, que un poco más tarde vendería a José Manuel Lara por 100.000 pesetas y que sería el inicio del Grupo Planeta.

El trabajo de Janés era colosal. Abría sin parar nuevas colecciones y otros pequeños subellos. Costaba seguirle la pista. Sus colegas del gremio solían burlarse de él. Parecía estar en todos lados. A su alrededor se movían colaboradores y traductores de distinto signo, en un equilibrio complicado, como el poumista Victor Alba, que tradujo para él con seudónimo. Los polémicos James Joyce, calificado en varios países como escritor «obsceno», o Wells y Pirandello, entre muchos otros, vieron la luz en su sello. En 1959, año de su fallecimiento tras un accidente de tráfico, su catálogo alcanzaba la increíble cifra de 1.600 títulos. Su muerte marcó un antes y un después en la industria editorial. Fue el inicio de Plaza y Janés, después de que Germán Plaza se hiciera con el sello.

Destino también surgió a partir de la contienda bélica, cuando varios amigos catalanes, entre los que destacaba Josep Vergés, en Burgos se pasaron a las filas fascistas. Todos se dedicaron sin descanso a la agitación política en publicaciones como la revista *Destino*, titulada «Semanario de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS». Su objetivo era evidente: agrupar a los catalanes dispersos por todo el territorio alrededor del ideario falangista y sentar las bases para un pensamiento ultramilitante. Vergés y sus amigos publicaron contra viento y marea un centenar de números, hasta llegar al 101, que vio la luz en una Barcelona ya controlada por los fascistas. Era el 24 de junio de 1939.

En 1944 se convirtió también en editorial, publicando inicialmente obras claramente fascistas pero, poco después, comenzó a seguir el camino de sus colegas Luis de Caralt o Janés con las primeras ediciones del *best seller* *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë, o *Viaje en autobús*, de Josep Pla. Ese mismo año creó el Premio Nadal en homenaje al periodista Eugeni Nadal, fallecido el 10 de abril de 1944. Fue el primero que creó una larga lista de premios literarios.

En 1952, José Manuel Lara Hernández, quien había entrado en Barcelona con el ejército de Franco, con su título de maestro y el uniforme de alférez provisional (llegó a ser capitán de la Legión), creó el Premio Planeta. Su nombre era temido por muchos impresores barceloneses. Según el también editor Enric Borràs, que había trabajado con Jaume Vicens Vives y Joan Grijalbo, requisaba a punta de pistola el papel que necesitaba para imprimir sus libros. Nadie

protestaba, ni por supuesto tampoco se le ocurría denunciar. Lara Hernández era un conocido del régimen, un empresario de poder, un intocable.



La política cultural de la España franquista no fue una historia *pacífica*. Hubo amigos que combatieron en distintas trincheras, como Max Aub, íntimo de Santa Marina, y que luchó por la República. Sin embargo, Aub, por entregas, había publicado en *Azor*

su *Luis Álvarez Petreña*. En los años anteriores al golpe fascista, muchos escritores de derechas e izquierdas compartieron tertulias. La lista de asiduos a las tardes y noches literarias barcelonesas está repleta de nombres, muchos de ellos fundamentales para entender el mundo literario del último medio siglo, como el falangista, futuro golpista y fundador de *Azor*, Santa Marina, que acudía con regularidad a los informales encuentros literarios en el Lyon d'Or. Y tantos otros, como Martín de Riquer, Xavier de Salas, José Jurado Morales, Agustín Loscertales, Félix Cameno, José M^a Fontana, José Cirera Voltá, Max Aub, Andrés Manuel Calzada, Félix Ros, Guillermo Díaz Plaja y Josep Janés i Olivé (entre los ocasionales, también figuraba el poeta Pedro Salinas), y que luego marchaban en camaradería y estruendo hasta Los Caracoles, de la calle Escudellers.

La primera y por entonces célebre traducción de *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, fue obra de Santa Marina (Editorial A. H. B., Barcelona, en 1958, y reeditada por diversas editoriales). Santa Marina, durante los sesenta, reapareció una y otra vez en revistas y grupos culturales franquistas. Sus últimos años fueron los peores. Presenció el (aparente) derrumbe del franquismo, pero fue abandonado por la mayoría de los suyos. Llegaban los socialistas. Muchos lo consideraron una compañía incómoda. Le negaron la gloria que él mismo aseguraba merecer. Falleció el 15 de septiembre de 1980, sin que al parecer se sepa la suerte de su inmensa biblioteca o de su ingente archivo.

No sucedió lo mismo, lógicamente, con otro personaje de las letras hispánicas en su día adepto al franquismo y que ya hemos mencionado, el empresario y fundador de Planeta, José Manuel Lara, sobre quien Rafael Borràs, con ocasión de su fallecimiento, escribió un epitafio que parece hacerle justicia: «De legionario a emperador», dijo.

Así que esta fue esa España contradictoria. Escritores disidentes, furibundos novelistas, poetas decadentes llenando las estanterías españolas. Lo mismo sucedió con el pop, introducido en España a comienzos de los sesenta por un declaradísimo hombre del régimen, mitómano y apasionado yeyé como fue José Luis Álvarez gracias a su revista *Fonorama*, pionera en reivindicar en nuestro país los sonidos de Eddie Cochran, Little Richard, Vince Taylor, Elvis Presley o Gene Vincent; o una década más tarde, cuando la compañía Movieplay, levantada con capital del Opus Dei, fue la primera en publicar música negra, a muchos artistas de la Motown e incluso el esperpento máximo con un disco de un apocalíptico Charles Manson, que estaba siendo juzgado por varios asesinatos.

¿Qué tenía de cierto esa visión de Steinbeck sobre aquel, nuestro antiguo país? Nadie ha intentado algo parecido a su sueño. Jamás nadie ha querido comprobar con honestidad si acaso existe eso de ser «español». Parece algo arcaico y tendencioso, posiblemente también inútil. Pero esa incapacidad también expresa algo sobre nuestra propia naturaleza. Regresamos a Steinbeck y su indigestión de arte. Aquella antigua España tan «contradictoria», lo fue también en el terreno de la cultura. Con gran esfuerzo, era posible superar el exceso. O eso afirmó. «Puedo, superada la confusión, entrar en el Prado de Madrid y pasar sin ver los mil cuadros que reclaman mi atención para ir a visitar a un amigo: un Greco pequeño, san Pablo con un libro. El santo acaba de cerrar su libro. Está marcando con un dedo la última página leída y parece por la expresión interrogarse y querer entender una vez cerrado el libro». Steinbeck, en aquel estupendo libro sobre Estados Unidos y la condición de estadounidense, lanzó una idea que pudo poner en práctica en su visita a aquella España gris: «Tal vez solo sea posible entender después». Lo intentó semanas más tarde, cuando desde París escribió a su amigo y compartió con él sus impresiones hispánicas. Pero aún resultaba todo incomprensible, un galimatías, un país que seguía siendo «contradictorio», como si aquel santo siguiera sin comprender qué diantres era aquello.

5

Presentación del libro “Entraña y Estilo”

Francisco Caballero Leonarte

A qué responde este libro, por qué ha sido hecho

Ante una situación de grave crisis de España Manolo Parra acude a la búsqueda de soluciones. No se conforma con ser un espectador pasivo de los acontecimientos de su tiempo. El autor del libro indaga sobre los rasgos genuinos de España para descubrir su verdadero ser, hoy confundido y falseado. Y para ello pasa revista a diversos personajes y

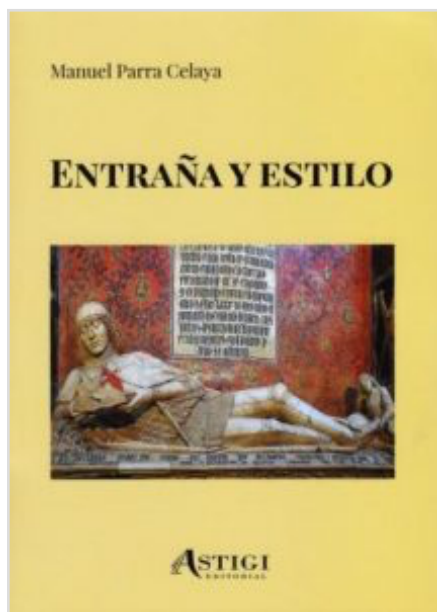
hechos de nuestra historia nacional, señalando aquello que, a su entender, ha significado una contribución importante para el devenir de España y de Europa.

Nuestro autor, fiel a sus raíces ideológicas, investiga los problemas socio-políticos de nuestro tiempo y en nuestro espacio, haciendo propuestas que bien pudieran responder a aquella vieja consigna joseantoniana: levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete.

De la lectura de este libro se puede obtener la conclusión de que está escrito con la ilusión de contribuir a un futuro mejor para España y para los españoles. Creo que el autor ha ido desgranando sus ideas en él pensando en las jóvenes generaciones que, más tarde o más temprano, tendrán que recoger la herencia de España; para ellos, para los jóvenes, este libro es una invitación a la reflexión y a la búsqueda de claras razones.

Y, por último, en un sentido genérico, yo diría que esta obra está escrita desde el dolor de España unamuniano. Es muy posible que, de no darse las tristes circunstancias que estamos viviendo en nuestros días, en España, Manolo hubiese dedicado su tiempo y capacidad creativa a otros temas literarios de mayor divertimento y, seguro, de mayor satisfacción personal.

Sobre el contenido del libro



Lo primero que llama la atención del lector es la constatación de que el autor hace un verdadero esfuerzo por rescatar lo permanente del pensamiento joseantoniano, separando el grano de la paja, señalando muchos aspectos supuestamente doctrinales que, bien por ser aditamentos teóricos del antiguo Movimiento Nacional, o por el inevitable desfase que produce el paso del tiempo, hoy no resultan válidos para la construcción de un proyecto de futuro.

En las páginas de este libro su autor indica con claridad cuáles son los rasgos definitorios de lo que llama “entraña” que, dice, vienen a ser la vena popular, y, “estilo”, que es la aportación del pensamiento de la minoría selecta. En

palabras del propio autor: La intención de las glosas que el paciente lector va a encontrar a continuación es la de demostrar cómo la entraña popular y el estilo ofrecido por una minoría fueron capaces o no de conectarse a lo largo de la historia de España. Cómo de esta integración armoniosa fue acaso surgiendo esa interpretación española del mundo que intentó actualizar el falangismo en el siglo XX.

Es digna de señalar la manifestación expresa del autor de que rechaza cualquier visión estrecha, nacionalista o chauvinista de nuestra historia. Esta afirmación pone en evidencia que Manolo no se ha dejado influir por las corrientes actuales del supuesto patriotismo de vía estrecha y sigue, imperturbable, con la creencia de que al verdadero patriotismo solo se puede acceder por el camino de la crítica.

A través de sus 170 páginas, por este libro van desfilando, en forma de glosas (ahí se nota la influencia orsiana), doce reflexiones sobre el ser de España; pero también sobre el papel que ésta ha tenido en la historia del mundo, destacando aquellos aspectos esenciales que contribuyeron a la creación de esa “entraña” y de ese “estilo”. Al final del recorrido del libro, en la glosa duodécima, el autor alude a la Falange como intento de actualización del ser de España y se adentra en la descripción de las múltiples vicisitudes que tuvo que vencer aquel falangismo incipiente, de doctrina débil y vulnerable de los primeros tiempos, pero, que, paulatinamente se fue conformando en algo más sólido y consistente en sus elementos ideológicos y doctrinales.

Coincido con mi amigo y camarada cuando afirma que no cree en la llamada utópicamente, “unidad falangista”, y que hay que buscar un nuevo camino que salve lo valioso y permanente del ideario joseantoniano.

Al final del libro aparece un epígrafe que reza: Diagnóstico para hoy y terapia para mañana. Manolo se pregunta: ¿Existe hoy una entraña popular, un pueblo español dotado de un sustrato ancestral? ¿Existe una minoría selecta sustentadora de un estilo comunicable al pueblo, que actúe como fermento social regenerador de conciencias?

En definitiva, gracias a este trabajo de nuestro veterano e incombustible Manolo tenemos a nuestro alcance un elemento útil que nos puede ayudar a profundizar en el entendimiento del mundo que nos rodea. Este es un libro para la reflexión y, quizás, también sirva para enderezar el rumbo que, muchos espíritus de buena fe, todavía llevan errado.

6

El estudio de Manuel Sacristán acerca de la Falange

José Ignacio Moreno Gómez

Manuel Sacristán y Luzón fue un destacado filósofo español que, procedente de una adscripción al falangismo de izquierdas, evolucionó hacia una interpretación personal del marxismo. Buen conocedor de la obra de Ortega y Gasset y profundo estudioso del marxismo, participó en numerosas revistas intelectuales españolas, como *Estilo*, *Cuadrante* (revistas del falangista-franquista SEU o los *Quaderns de Cultura Catalana* del comunista PSUC. Expulsado de la Universidad en 1965 por sus actividades antifranquistas, fue posteriormente catedrático de Metodología de las Ciencias Sociales de la Universidad de Barcelona. Introdujo en España numerosas obras de autores aún no traducidas al español. Tradujo y comentó la obra de Marx, Engels, Gramsci, Adorno, Lukács, Labriola, Marcuse, Mario Bunge, etc. Escribió una Introducción a la lógica y al análisis formal (Barcelona, Ariel, 1969), así como numerosos artículos.

Fue miembro de los órganos de dirección del PSUC y del PCE en la clandestinidad, desarrollando durante largos años una intensa labor política en el frente universitario y

cultural. A partir de la crisis de 1968 (el mayo francés, la invasión de Checoslovaquia), sus discrepancias con la línea oficial del PCE y del PSUC le llevaron a dimitir de casi todos sus cargos aunque permanecería en sus bases hasta finales de la década de 1970. Solo en 1979



declararía públicamente que no militaba en ningún partido político. En 1978 ingresó en el Comité Antinuclear de Cataluña y formó parte del movimiento eco-pacifista y contra la OTAN.

Hasta su fallecimiento en Barcelona el 27 de agosto de 1985 a la edad de 59 años, Manuel Sacristán desarrolló una intensa actividad intelectual y de lucha política convirtiéndose sin lugar a duda en uno de los filósofos políticos españoles más destacados del siglo XX ². Es por ello que nos interesa especialmente traer aquí su juicio sobre el nacionalsindicalismo joseantoniano, extraído de un texto inédito que debía formar parte de Enciclopedia

Política Argos y que se recoge en un libro publicado por Trotta en 2007 titulado *Lecturas de Filosofía Moderna y Contemporánea*. Aclaramos que dicho juicio, que a continuación exponemos, fue escrito por Sacristán en una época temprana, allá por el año 1952. No tenemos noticias de que rectificase posteriormente las valoraciones que aquí se detallan, aún cuando su pensamiento y posición política evolucionaran notablemente.

Destaca como elementos de la teoría política general de José Antonio Primo de Rivera:

1. **Crítica del liberalismo.** La sitúa Sacristán como una crítica situada en la misma línea de las críticas socialistas, aunque, como rasgo propio, señala su especial y elegante ajuste de expresión. Se indica la valoración positiva del líder falangista de aquella primera época en la que esta doctrina consigue, sin posibilidad de marcha atrás, su gran conquista: instalar a todos los hombres en igualdad ante la ley. Sin embargo, el liberalismo es criticable por cuanto el Estado liberal-democrático que de él se deriva, constituye *una burla para los infortunados*, especialmente para *los obreros aislados que, titulares de todos los derechos en el `papel, tienen que optar entre morirse de hambre o aceptar las condiciones que les impone el capitalista, por duras que sean*. Se critica al Estado del *laissez faire*, incapaz de garantizar una libertad real del hombre, sobre todo del hombre humilde, al que se reconocen multitud de libertades formales.
2. **Crítica del marxismo.** Destaca también el filósofo Manuel Sacristán como Primo de Rivera comienza por reconocer los méritos y aciertos del marxismo. Reconoce el falangista incluso el valor científico de Marx, y acepta sin vacilaciones el núcleo de ese marxismo científico, esto es, la ley de aglomeración (sic) o acumulación del capital, “aunque algunos afirmen que no se han cumplido”. Para ello se fija en los *trusts* y en los grandes almacenes de precio único que se pueden permitir el lujo de vender a tipos de *dumping*, de modo que los pequeños comerciantes no pueden competir.

Pero, siguiendo a Sacristán, Primo no sólo acepta la *crítica científica marxista*, sino que también acepta el punto de partida del marxismo militante, esto es, que *la propiedad, tal como la concebíamos hasta ahora, toca a su fin*; y que *en el comunismo hay algo que puede ser recogido: su abnegación, su sentido de solidaridad (España y la barbarie. Conferencia de José Antonio en Valladolid. 1935)*. Para Sacristán, el antimarxismo joseantoniano no es político-económico, sino histórico-moral: critica la visión materialista de la vida y de la historia de la revolución socialista, la agrupación de los hombres por clases, eliminando sus vínculos en la patria común. Le parece absolutamente rechazable la *substitución de la libertad individual por la sujeción férrea de un Estado, que no solo regula nuestro trabajo, como en un hormiguero, sino que regula también, implacablemente, nuestro descanso (El bolchevismo. Artículo en ABC 1935)*.

En definitiva, José Antonio Primo de Rivera, considera que la revolución marxista bolchevique atenta contra valores esenciales de la civilización cristiana occidental, que *nos resistimos a dar por caducada*.

3. **Fundamentos de una nueva doctrina política.** Rechazadas las soluciones liberal y marxista, ninguna otra parece al fundador de la Falange digna de la más breve crítica. De los Estados totalitarios nazi y fascista dice que no existen como tales, pues no son sino la sustitución del Estado por la genialidad de un dictador. Además, el totalitarismo es lo más opuesto a la estructuración de un estado institucional nuevo como el que él propugna. Este estado, cuya forma de gobierno no preocupa al falangista, aunque se decante por la forma republicana, ha de tener las siguientes bases:

- a) Concepto del hombre. El individuo es la unidad fundamental, entendido como persona portadora de valores eternos. Este arrancar del individuo, lleva a una noción de convivencia política ajena a la del régimen de partidos. En la noción de individuo están puestas las bases del sindicalismo falangista, que se estructura dando primacía a las unidades donde el individuo, de forma natural, desarrolla su actividad y donde se depositan todos los valores e instrumentos que necesita la persona para alcanzar libremente su destino personal en relación con las otras personas: la familia en la que vivimos, el municipio del que somos vecinos y el sindicato en el que nos afanamos en el ejercicio de un trabajo (el sindicato es algo más que un órgano de defensa frente a los abusos del capital).
- b) Concepto de libertad. Según Sacristán, está construido sobre el pensamiento católico y con ausencia completa de toda consideración filosófica. Se antepone la creencia religiosa y se añaden, luego, consideraciones políticas. Manuel Sacristán encuentra en estas consideraciones políticas prácticas ciertas resonancias fitcheanas. Sólo se respeta la libertad del hombre cuando se le considera portador de valores eternos, con un alma con capacidad para condenarse o para salvarse. En la práctica, la libertad no existe, como un absoluto desligado de cualquier otra consideración, sino dentro de un orden.
- c) Conceptos económicos. Es necesaria una transformación de la forma jurídica de la propiedad, pero sostiene el falangista la legitimidad de la propiedad privada. Si

bien, se trata de una forma de propiedad no capitalista que tiene el mismo título de legitimidad que el trabajo: esto es, el trabajo es una función humana y la propiedad es un atributo humano.

Esta forma de propiedad no capitalista, que incluye la propiedad individual, la propiedad comunal y la propiedad sindical, da lugar a un sindicalismo particular donde no hay una representación patronal y una representación obrera, ni mucho menos, una representación mixta (como en el fascismo), sino que todos los que colaboran en la empresa para la producción, funden sus intereses para la defensa de la industria en cuestión frente a la absorción capitalista.

- d) Concepto del Estado. Es netamente antifascista, pues la *divinización del Estado es cabalmente lo contrario de lo que nosotros apetecemos*. El Estado solo justifica su conducta, al igual que los individuos o las clases, cuando se amolda a una norma permanente, cuando se siente ejecutor del destino de un pueblo al que sirve como instrumento para alcanzar la felicidad de sus miembros. Si no el Estado es tiránico. El Estado es fuerte, sin ser tiránico, cuando sirve a una unidad de destino, cuando sirve a la conciencia de la unidad de la que emana, como garantía de la libertad del individuo.

Es un instrumento totalitario (¡jojo! esta palabra tiene connotaciones contradictorias con lo que en la doctrina falangista viene a significar). Este concepto tiene que ver con el ideal sindicalista de una estructuración total de la economía: la economía de un país es tarea de todos y ha de estar al servicio de todos, no de una clase ni de unos cuantos privilegiados. Al mismo tiempo, señala Sacristán, la palabra totalitario hace referencia a la creencia en la sustantividad de la Patria (integradora y armonizadora de todas las aspiraciones de los individuos y con un destino que es común a todos ellos).

También el dirigente de la anarquista FAI, Diego Abad de Santillán, viene a decir:

“Pero la revolución, si es verdadera, no es nunca unilateral. Es un proceso **totalitario** que lo abarca todo y que lo conmueve todo”³.

Comenta, finalmente, Sacristán la teoría política española acerca de la Patria, que influyen directamente en la teoría política antes comentada. La teoría joseantoniana de la Patria tiene el sello imborrable de Ortega y Gasset: Según nuestro filósofo, *la unidad de destino en lo universal* de Primo de Rivera es una *mistificación (de místico)*, que no *mixtificación*, del orteguiano *proyecto sugestivo de vida en común*. Esta unidad, apunta Manuel Sacristán, es contraria a la mística patriótica nacionalsocialista, pues se define por valores morales y religiosos, si bien imprecisos, pero no por valores terrenales.

4. **La Revolución y el estilo.** La revolución es para el falangista una necesidad política e histórica. Una exigencia de la situación social de Europa y una necesidad de que el pueblo no pierda su forma histórica. La revolución postula, con el final de un periodo de decadencia, la renovación de la vida y un nuevo *estilo* de ser de hombre. Dicho estilo es el mismo que pregonaba Miguel de Unamuno en su *Vida de don Quijote y Sancho*.

¹ Manuel Sacristán. *Lecturas de filosofía moderna y contemporánea. El pensamiento político de José Antonio Primo de Rivera*. Edición de Albert Domingo Curto. Editorial Trotta, 2007, págs. 71 y ss.

² Wikipedia.

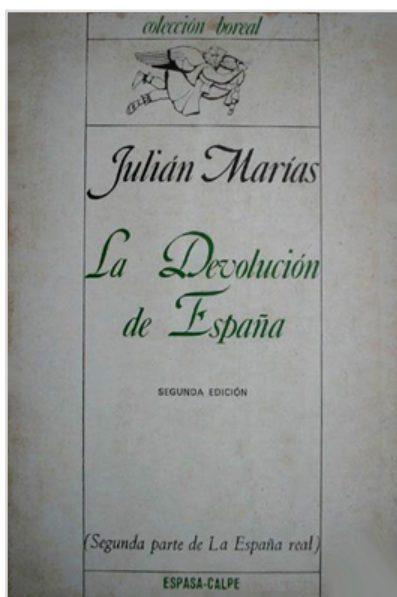
³ Diego Abad de Santillán. *Por qué perdimos la guerra*, Plaza y Janés Editores. El Arca de Papel, 1977, pag. 156

7

La vegetación del páramo

Julián Marías para *La Vanguardia* y *El País*

Se trata —no hay que decirlo— del famoso “páramo cultural” español de los últimos decenios. La imagen ha sido moneda corriente desde poco después de la guerra civil. Primero circuló fuera de España; se suponía que en ella no quedaban más que “curas y militares”, y ni rastro de vida intelectual, refugiada en la emigración. La propaganda oficial, mientras tanto, afirmaba que se había eliminado —hacia el cementerio, la emigración, la prisión o el silencio— la escoria “demoliberal”, y se había restablecido el esplendor “imperial” de España, ejemplificado en nombres de los que hace mucho tiempo nadie se acuerda, y que no es piadoso recordar.



Hace mucho tiempo que quedaron atrás, desmentidas por los hechos, las dos versiones, si se quiere, las dos caras de la moneda falsa, de curso “legal” cada una de ellas en campos acotados y para propósitos muy definidos. Sin embargo, ahora reverdece la primera, destinada primariamente al consumo de los jóvenes nacidos a la vida histórica hace poco tiempo, un decenio o dos a lo sumo, que tienen más presente la imagen de los últimos años y confunden los tiempos que no han vivido.

¿Cómo es posible que pueda usarse —y prosperar— la imagen del “páramo”? Los jóvenes tienen ante los ojos, sobre todo, las instituciones en las cuales estudian, a las cuales tienen acceso; y se podría hablar, en efecto, de un páramo institucional desde que la guerra arrasó las Universidades, el

Centro de Estudios Históricos, la Institución libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes y la de Señoritas, y en muy buena medida las Academias. Se les ha dicho además, incansablemente, que no han tenido maestros —lo cual ha contribuido tanto a que no los tengan aunque los haya, a que renuncien a ellos y no los hagan suyos—. Se ha tratado de

inculcar en sus mentes la idea de que solo en los últimos años —a lo sumo desde 1956— ha habido intentos de resistencia a la falta de libertad, de afirmación de las opiniones discrepantes, de ejercicio de la inteligencia. Es decir, hasta que han empezado a hacer algo los interesados en difundir esa imagen. Todo lo anterior —y, en definitiva, todo durante cuarenta años— ha sido el páramo intelectual de España.

La verdad ha sido muy distinta. En La España real he escrito: “La libertad empezó a germinar y brotar, como brota la hierba en los tejados y en las junturas de las losas de piedra. Sería apasionante y conmovedor hacer una historia fina y veraz del tímido, vacilante, inseguro renacimiento de la libertad en España”. No puedo hacerlo aquí —lo he hecho, parcialmente, en otros lugares, desde hace un cuarto de siglo, por ejemplo en *El intelectual y su mundo*, 1956, publicado en Buenos Aires, prohibido muchos años en España; en *Los Españoles*; en *El oficio del pensamiento*; en *Innovación y arcaísmo*—; voy a limitarme a recordar algunos hechos, algunos datos, todos ellos anteriores a la muerte de Ortega a fines de 1955, es decir, en el apogeo del supuesto “páramo”.

La guerra civil —en ambas zonas— significó la ruptura de la continuidad, la casi total extinción de la vida intelectual, el dominio de la propaganda, la persecución de la verdad, el triunfo del partidismo. Sin embargo, en la zona republicana, en Valencia y luego en Barcelona, se publicó la revista mensual *Hora de España*, que mantuvo un decoro intelectual y literario sorprendente en medio de una feroz discordia civil. La noble pluma de Antonio Machado honraba todos los números de la revista, y a su sombra colaboramos muchos que no hemos tenido nunca que avergonzarnos ni arrepentirnos de lo que allí escribimos. No sé si en la otra zona hubo algo comparable —no ha llegado a mi noticia—, pero hay que hacer constar que, terminada la guerra, desde 1940 y durante los dos años de dirección de Dionisio Ridruejo y Pedro Laín Entralgo, Escorial significó un esfuerzo de reanudación de la convivencia intelectual y de los derechos de su ejercicio. Y, en forma ya más independiente, no se olvide lo que fue Leonardo en Barcelona, y desde 1946 *Ínsula* en Madrid (puede repasarse el índice de esta revista que hace unos veinte años compuso Consuelo Berges, y que no puedo ver sin admiración y una nostálgica melancolía).

Tres son los elementos que pueden distinguirse en los años posteriores a la guerra: 1) La exclusión de los disidentes por el Estado y las fuerzas políticas que lo respaldaban, su recuperación por el resto de la sociedad. 2) La reanudación de la continuidad intelectual por parte de los grandes escritores. 3) La aparición de otros nuevos, de las generaciones posteriores a la guerra.

Tan pronto como fue posible, quiero decir desde el término de la Guerra Mundial, que había impuesto un casi absoluto aislamiento, se empezó a hablar de los escritores emigrados. Mientras la censura proscribía sus obras y hasta se tachaba con indeleble tinta negra su nombre al frente de la edición de un clásico, *Ínsula* fue el órgano principal de su difusión y

comentario. En el Diccionario de Literatura Española de la Revista de Occidente (1949) hablé de Alberti, García Lorca, Salinas, Guillén, Antonio Machado, Azaña, Gómez de la Serna, Casona, José Gaos, y allí aparecían igualmente otros muchos, sin otro criterio que la calidad y la información disponible.

Los grandes autores de la generación del 98, de las dos siguientes, empezaron muy pronto a escribir, y una parte esencial de su obra corresponde a los años que estoy recordando. Menéndez Pidal publica *Los Españoles en la historia* y *Los españoles en la literatura* —tan independientes, tan contracorriente, que tanto rencor oficial provocaron—; *Reliquias de la poesía épica española*, *Romancero hispánico*, *El Imperio Español y los cinco reinos*, innumerables estudios lingüísticos, literarios e históricos. Azorín, *Españoles en París*, *Pensando en España*, los dos prodigiosos libros *Valencia* y *Madrid*, novelas como *El enfermo*, *La isla sin aurora*, *María Fontán*, *Salvadora de Olbena*; cuentos como *Cavilar* y *contar*, ensayos y memorias como *París*, *Memorias inmemoriales*, *Con permiso de los cervantistas*, *Con Cervantes*, *El cine y el momento*. Baroja, en los mismos años, publica sus memorias, *Desde la última vuelta del camino*, *Canciones del suburbio*, *El cantor vagabundo*... Los títulos de Ortega se suceden: *Historia como sistema*, *Ideas y creencias*, *Teoría de Andalucía*, *Estudios sobre el amor*, los prólogos a Bréhier y Yebes, a Alonso de Contreras y *El collar de la Paloma*, *Papeles sobre Velázquez y Goya*... Zubiri publica *Naturaleza*, *Historia*, *Dios*; Morente, *Lecciones preliminares de filosofía* y *Ensayos*; Dámaso Alonso, *La poesía de San Juan de la Cruz*, *Ensayos sobre poesía española*, *Vida y obra de Medrano*, *Poesía española*, y nada menos que los libros de poesía original *Oscura noticia*, *Hijos de la ira* y *Hombre y Dios*. García Gómez, después de las *Qasidas de Andalucía*, *Silla del Moro* y *Nuevas escenas andaluzas*, la traducción de *El Collar de la Paloma*. Vicente Aleixandre, nada menos que *Sombra del Paraíso*; y por si fuera poco *Mundo a solas*, *Poemas paradisiacos*, *Nacimiento último*, *Historia del corazón*. Gerardo Diego, *Alondra de verdad* y otros libros de poesía. Miguel Mihura estrena en colaboración *Ni pobre ni rico sino todo lo contrario* y *El caso de la mujer asesinadita*, y solo *Tres sombreros de copa*, *El caso de la señora estupenda*, *Una mujer cualquiera*, *¡Sublime decisión!*, etc. José López Rubio, *Alberto*, *Celos del aire*, *La venda en los ojos*, *La otra orilla*. Fernando Vela publica *El grano de pimienta*, *Circunstancias*, *Los Estados Unidos entran en la historia*. Marañón da una larga serie de libros admirables: *Ensayos liberales*, *Crítica de la medicina dogmática*, *Luis Vives*, *Españoles fuera de España*, *Antonio Pérez*, *Elogio y nostalgia de Toledo*. ¿Quién ha podido romper la continuidad de la cultura española del siglo XX, más fuerte que el partidismo, la violencia y el espíritu de negación?

¿Y los nuevos? Quiero decir los escritores apenas conocidos o desconocidos enteramente, que hacen la mayor parte de su obra después de la guerra civil. Aparte de algunos libros promovidos por la guerra misma, poesía o narraciones de Miguel Hernández, Herrera Petere, Rafael Alberti, Agustín de Foxá, Dionisio Ridruejo y otros a ambos lados de las trincheras, hasta 1941 no empieza ese nuevo brote de pensamiento, narración o poesía.

Casi toda la obra poética de Gabriel Celaya es de ese periodo: Tentativas, Movimientos elementales, Objetos poéticos, Las cosas como son, Las cartas boca arriba, Paz y concierto, Vía muerta, Cantos iberos. Casi lo mismo podría decirse de Luis rosales: después de Abril, anterior a la guerra, Retablo sacro del Nacimiento del Señor, La casa encendida, Rimas. De Dionisio Ridruejo son Primer libro de amor, Fábula de la doncella y el río, Sonetos a la piedra, Poesía en armas, En la soledad del tiempo. La obra de Leopoldo Panero, José Luis Hidalgo, Carlos Bousoño, Eugenio de Nora, Blas de Otero, se condensa o al menos se inicia y madura en estos años.

Zunzunegui, anterior a la guerra, publica con fecundidad tras ella: ¡Ay..., estos hijos!, La quiebra, La úlcera, Las ratas del barco, Esta oscura desbandada. Pero es Camilo José Cela el que inicia la novela de su generación, a fines de 1942: La familia de Pascual Duarte; y luego, Pabellón de reposo, Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes, La colmena, Viaje a la Alcarria y tantas invenciones más. Y tras él Ignacio Agustí con Mariona Rebull y El viudo Ríus. Carmen Laforet con Nada. Gironella con La marea y Los cipreses creen en Dios. Miguel Delibes con La sombra del ciprés es alargada, Aún es de día, El camino, Mi idolatrado hijo Sisí, Diario de un cazador. Todavía en ese plazo empiezan a aparecer cuentos de Ignacio Aldecoa y su novela El fulgor y la sangre; y Congreso en Estocolmo, del economista y novelista José Luis Sampedro; y Gonzalo Torrente; y el comienzo de la obra teatral de Buero Vallejo, desde Historia de una escalera hasta Irene o el tesoro.

¿Cómo olvidar la obra ingente de Pedro Laín Entralgo, autor caudaloso y profundo a un tiempo? Medicina e historia, Menéndez Pelayo, Las generaciones en la historia, La generación del 98, España como problema, La historia clínica, Palabras menores, La espera y la esperanza, son solo unos cuantos de sus libros de quince años. Y, aunque con obra iniciada unos años antes, Enrique Lafuente Ferrari da en estos mismos lustros obras capitales: Velázquez, Vázquez Díaz, Zuloaga, la expansión y maduración de su Breve historia de la pintura española, el libro esencial sobre el tema. ¿Y los innumerables libros de Camón, Juan Antonio Gaya Nuño, Sánchez Cantón, Angulo, María Luisa Caturla, María Elena Gómez Moreno? Añádase la obra de Fernando Chueca, desde Invariantes castizos de la arquitectura española hasta Nueva York: forma y sociedad, El semblante de Madrid o La arquitectura del siglo XVI, los estudios de geografía social de Manuel de Terán, los ensayos de patología psicosomática y psicología de Juan Rof Carballo, y tantas obras originales. Los libros de historia de las ideas de Antonio Tovar, Luis Díez del Corral, José A. Maravall, Enrique Gómez Arboleya, Lapesa, Blecua, Díaz-Plaja... Y la aparición un poco tardía de Aranguren.

Y no puedo omitir mi nombre, porque, si no me equivoco, mi Historia de la Filosofía (enero de 1941) fue el primer libro nuevo de autor nuevo, que invocaba la tradición filosófica española anterior a la guerra para seguir adelante con otros libros: La filosofía del P. Gratry, Miguel de Unamuno, El tema del hombre, Introducción a la Filosofía, Filosofía española

actual, El método histórico de las generaciones, Biografía de la Filosofía, Ensayos de convivencia, Ensayos de teoría, Idea de la Metafísica, La estructura social...

Repare el lector en que esto es una fracción de lo que se ha publicado en España después de la guerra civil y hasta 1955. Y que me he fiado de mis recuerdos más vivos, sin disponer de tiempo ni de espacio para tratar adecuadamente el tema. Pero pienso que no son buenos botánicos los que hablan del “páramo” y se les pasa esta frondosa, esperanzadora vegetación, que pudo brotar en el clima más inhóspito, sin abono, sin cultivo, mientras tantos intentaban simplemente descartarla.

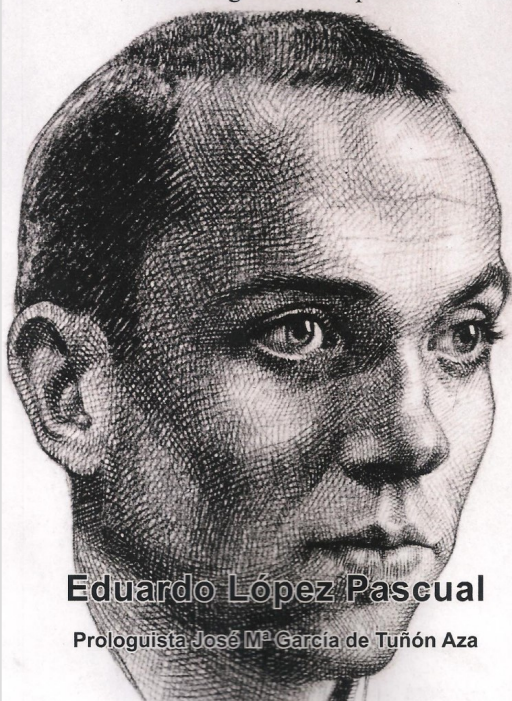
8

Conversaciones con Miguel Hernández

Eduardo López Pascual

CONVERSACIONES CON MIGUEL HERNÁNDEZ

Un falangista con el poeta



Eduardo López Pascual

Prologuista José M^a García de Tuñón Aza

NOVEDAD EDITORIAL:

“CONVERSACIONES CON MIGUEL HERNÁNDEZ. Un falangista con el poeta” nueva novela de Eduardo López Pascual con el prólogo de José María García de Tuñón Aza. Editada por PR Ediciones.

PVP: 10 €. Pedidos a Apartado de Correos: 217 / 30530 Cieza (Murcia)

Estamos viviendo tiempos convulsos. Quien no lo vea es que no vive conscientemente los tiempos de hoy, los signos de los tiempos que nos toca vivir. Estamos viviendo una época, por tanto, de incertidumbre. Reconocer esta época de incertidumbre es crucial a la hora de comprometerse con la verdad, si es que queremos ser conscientes con, y responder a la realidad que nos toca vivir: la verdad está inexorablemente conectada con la realidad.



Y, ¿cuál es nuestra realidad? O, dicho de otro modo *¿quid est veritas?*

Ante tal escenario de incertidumbre y duda, no vendría mal hacerse otra pregunta que, quizá, da luz a la anterior cuestión: no estamos, por ahora, para resolver sino para seguir dudando y, por ende, para clarificar la situación real que vivimos. Teniendo presente esta realidad se pueden encontrar muchas luces en José Antonio. Pero una de ellas, que no es la única; una de ellas, digo, tiene que empezar ineludiblemente por preguntarse qué diría José Antonio.

Pues bien, he encontrado una frase iluminadora, como lo era él: “El hacer propaganda contra eso y contra lo otro es insuficiente” (1971, p. 837).

¿Por qué esa frase dota de luz el tiempo presente? Porque clarifica las características esenciales de la época de hoy o, quizá, de la época y la actitud de muchos de nosotros desde hace años. José Antonio plantea hoy una serie de preguntas que debemos hacernos, si es que queremos, sinceramente, ser coherentes con nosotros mismos. Así, ¿quién vota hoy en coherencia con lo que cabalmente piensa? ¿Quién vota en contra de, en lugar de a favor de lo que se piensa? Esto es lo que hemos estado haciendo desde hace mucho tiempo y, quizá, ha llegado el momento de crear un Movimiento renovador y actual.

Han aparecido Partidos más o menos semejantes a la Falange: UPyD o Cs, v.gr. Pero que hayan sido semejantes no quiere decir que sean lo mismo. Ya basta, pues, de ir en contra *de*. Ahora es tiempo de apostar *por*.

¿Que se necesita renovación y/o adaptación? Reflexionémoslo y hagámoslo. Por ese orden. ¿Quién dice que no sea este nuestro tiempo? Ahí lo dejo. De nosotros depende.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com